

## **Asesinos.**

Anastasio Rojo Vega.

El año 1090, la fortaleza de Alamut, en lo que hoy es Irán, fue tomada por los seguidores de Hasan ibn Sabahh, el viejo de la montaña, un seguidor del ismailismo, una visión de la fe islámica que se asentaba sobre tres columnas fundamentales: la Sharía, el seguimiento literal del Corán por parte del pueblo llano, y el seguimiento de las interpretaciones místicas de ese mismo Corán, hechas por teólogos y estudiosos, por los imanes de ese mismo pueblo llano. El ismailismo era tan rígido, que Hasan no dudó en matar a dos hijos por salirse de la letra sagrada, al segundo de ellos, Muhamad, solamente por haber bebido vino. El ismailismo era tan falto de piedad, que los seguidores de Hasan acabaron dando al resto del mundo una palabra, un término, un concepto, el de asesino, que según unos derivaría de seguidores de Hasan, algo así como hasasinos; y según otros del generoso consumo de hachís que hacían antes de lanzarse cuchillo en mano a decapitar contrarios, de hachisinos.

Hasan y sus asesinos vieron que, en la práctica, la forma más rápida de extender sus creencias no pasaba por predicar, por convencer, sino por masacrar: si no estás conmigo, estás contra mí, y claro que se extendieron, gracias al terror que provocaban. Más valía ser ismailita que hombre muerto. Para quienes no son mártires, un asesinato vale más que mil palabras.

Los griegos decían que todo, inexorablemente, volvía a repetirse y el Islam de estos días vive agitado por la resurrección de Hasan el viejo. Otra vez la Sharía, la interpretación literal del Corán y las iluminaciones de los imanes han puesto cuchillos degolladores en las manos de los nuevos hasisinos. Cuchillos desenvainados para decapitar ideas, libertades y también cabezas. Cuchillos para levantar una valla peor que las de Ceuta y Melilla de las concertinas, con el objetivo de que no pueda escapar nadie de los que han quedado dentro. Los ahora llamados yihaidistas no tienen ningún interés en los perros que viven fuera de ella, sino en la forma ortodoxa en que viven o dejan de vivir los que van consiguiendo atrapar extendiéndola. Boko Haram, una especie de franquicia de los de Alamut, acaba de exigir al Camerún que se convierta al Islam o se atenga a las más terribles consecuencias; hace una semana degollaron a los pasajeros de un autobús que cometió el pecado de pasar por donde estaban ellos.

El problema es que los de fuera somos la tentación y su demonio, las Sodoma y Gomorra de libertades como el homosexualismo, la manzanas podridas que pueden corromper su cesto. Su mundo rígido y estricto viviría mucho mejor si desapareciesen los demás y no nos hacen desaparecer masivamente porque no pueden; por ahora se limitan a querer mantenernos a raya con matanzas como la de Charlie Hebdo.

Bush puede estar contento, al fin se ha demostrado que en aquellos territorios había un arma de destrucción masiva.